

Estado Mayor nos dejarán marchar. Para estar de vigilancia no me quedo aquí".

Por la tarde, nos dieron alguna esperanza en el Estado Mayor. Herbert decía irritado: "por la noche quiero escuchar que puedo irme inmediatamente a la once brigada. No me quedo ni una noche más aquí".

Nos formábamos en los puestos de prácticas y atendíamos las instrucciones sobre las distintas armas. Las armas rusas eran llamadas mejicanas porque los primeros suministros habían venido de Méjico. El instructor era traducido por un emigrante alemán que había aprendido ruso en Moscú. El explicaba el manejo de las armas de una manera fácilmente entendible por todos. Me sorprendía la paciencia con la que el instructor repetía los usos a los más lentos. No era ningún cacique.

Fuera de la ciudad, algunos soldados de caballería hacían practicas con caballos árabes . Uno de los más bellos no se dejaba dirigir y acabó derribando a su jinete. Stanez pidió que le cedieran a él el caballo. El soldado consintió cuando Herbert trataba de persuadirlo. Tomó el caballo y le habló confiado, se montó sobre él y en poco tiempo ya lo había dominado. Stanez paso galopando entre sus camaradas, soltó las riendas, se giraba de derecha a izquierda por debajo del caballo casi tocando el suelo con las manos. Todavía al galope se irguió sobre la silla e hizo las mas maravillosas acrobacias circenses. Finalmente se acercó a sus camaradas y mientras aplaudían dijo, ya que siempre presumía, que cabalgar era una larga tradición en su pueblo, que el conocía bien a esos caballos y que eran muy orgullosos porque los árabes los trataban como amigos. Las acrobacias de Stanez produjeron una profunda impresión entre los camaradas. Cuando más tarde contaba cosas increíbles, los camaradas que le escuchaban sabían que algo de verdad había en todo aquello.

Por la noche, el hombre de la chaqueta de cuero nos repitió en el despacho que nosotros, los olotér, éramos el equipo de tanques que estaban esperando y que transcurrirían probablemente dos semanas hasta que se pudiera comenzar con la instrucción y que hasta ese momento teníamos que montar vigilancia. Herbert refunfuñaba: "esto no me puede suceder a mí, yo no he nacido para eso". Franz aclaró tranquilo: "nos queremos marchar inmediatamente de aquí. Esto nos repugna. Cuando lleguen los tanques podemos regresar de la unidad. Yo se que esta noche viajan algunos camiones a la Brigada once. Queremos ir con ellos. Debes darle al chófer la autorización para que nos lleve".

Recibimos la autorización para viajar con los camiones a la Brigada once. Entre cajas, agitados y muertos de frío por la mañana llegábamos a Fuencarral, un pueblo cercano a Madrid. Allí estaba el Estado Mayor de la Brigada once. Franz siguió hasta el batallón de Thälman, que en Madrid estaba en la línea delantera.

Herbert tenía fiebres muy altas y un intenso dolor de estómago. Seguía negándose a visitar al médico, decía que mejoraría solo. Se tragó un bote doble de medicamentos y se tumbó en un camastro en una habitación⁷.

⁷ Traducción de Natividad Mendoza Navas, profesora de Derecho del Trabajo de la EU⁷ de Relaciones Laborales de Albacete.